

en donde ya preparado
estaba el rico banquete,
de la ribera á lo largo.

Por cuatro días debia,
segun uso acostumbrado,
durar el baile y la fiesta;
porque, antes de los cuatro
no podia la doncella
llegar á su desposado.
Estos dias se pasaban
entre banquetes y cánticos,
en honor de los esposos
y de los dioses libando,

VI.

TRADICIONES.

Terminaba el cuarto día.
Los esposos impacientes
de perézoza acusaban
á la buena diosa Meztli.
Rodeados de las viandas
los amigos, los parientes,
entre voces de alborozo
terminaban el banquete.
Tendidos están los platos
sobre de la yerba verde,
y los conejos de Uruápani
y los jabalís monteses,
y los siervos de Tarétani,
y de Pátzcuaro los peces,
los teniches y los pavos
surten el festin campestre.
Abunda el vino de chia
y abunda el preciado neutle

y el licor que da el tlaolli,
sin que frutas escaseen,
el chiczapotl y la piña,
el ahuacatl negro y verde,
la chirimoya, la anona,
la pitahaya silvestre,
el cazotl, y del zapotl
las especies diferentes.

En el esposo la esposa
fijas las miradas tiene,
y Atlatzin muy cerca de ellos
con los dos contento rié,
Presidiendo la comida,
porque Jaripo está ausente,
en el lugar de honor, se halla
en un icpalli; un tarépitl.
Nadie estraña que Jaripo
no esté en la fiesta presente,
pues el cariño se sabe
que él á la soledad tiene;
ademas, sus altos cargos
le imponen graves deberes
y es fácil que lo detengan
en la corte de los reyes,
ó que lo llamen al templo
á ceremonias solemnes.
Atlaucotzin presidia,

anciano amable y alegre
que ha un año que la segunda
comenzó de sus vejeces.
De las antiguas edades
él es la historia viviente,
y quien reúne á los jóvenes,
cuyo amor se atrae siempre,
y las tradiciones todas
con cariño les refiere.

A las que van á ser madres,
llegá luego diligente,
y lindas cosas les cuenta
de antiguos pueblos y reyes,
para que ellas á sus hijos
entre caricias las cuenten.

El, viendo que el sol dorado
se aproximaba á occidente,
dió la señal, con su mano,
de terminar el banquete.
Todos se levantan luego;
Tejolia llegó al tarépitl
y le dijo, acariciando
su cabellera de nieve:

—Taré, no das la señal
para que el baile comience?
Así haga Teotl que mil años
pasen sin tocar tu frente.

—Hijita, respondió Atlaucó,
 Teotel jóven te conservel
 Despues que el festin acaba
 muy bien el descanso viene:
 despues comenzará el baile,
 espera y no te impacientes.
 Cuando esta orden escucharon,
 formando grupos alegres
 se dispersaron al punto
 por dó quier los concurrentes.
 Algunos bajo los árboles
 se tendieron muellemente,
 y en el tubo de una caña
 fino y de diámetro breve,
 echan hojas de un tabaco
 cosechado há muchos meses,
 mezclado con liquidambar,
 y un extremo al punto encienden.
 De esta manera, fumando,
 esperan que el baile llegue.
 Algunos otros, remontan
 el curso de la corriente
 y van cortando las flores
 que allí en abundancia crecen.
 El manchado cacomitl
 que tan bello color tiene,

y el lindo cacalaxoxitl
 que gratos perfúmes vierte.

Los mas rodean á Atlaucó,
 y bajo un árbol que estiende
 su sombra sobre la grama
 á la orilla de una fuente
 se sientan, á las esteras
 prefiriendo el blanco césped.
 El chupiri, árbol de fuego
 de la aura al beso se mece
 y se cruzan mil insectos
 ya se arrastren ó ya vuelen.
 El medidor, que de púrpura
 verde y oro el cuerpo tiene,
 sube por el tronco y baja
 en movimiento perenne,
 por las ramas que inclinadas
 tocan en la grama verde.
 Entre las zirandas vuela
 Inquieto y reluciente
 el huitzitzilin; sus plumas
 de colores diferentes,
 heridas del sol, un iris
 que va volando, parecen.
 Sobre el techo de la casa
 eleva, süave y fuerte
 su hermosa voz el zentzontleca

que á los ruseñores vence,
y el sol con sus luces últimas
baña esta escena campestre.

Atlauco habia cedido
al ruego de sus oyentes,
y les habia contado
que hacia muchas vejeces
que un diluvio ahogó en sus aguas
la superficie terrestre;
cómo todos perecieron,
y cómo tan solamente
Teotl habia preservado
del agua, al piadoso Tezpi,
del cual todas las naciones
que el mundo habitan descenden.

Les habló de Quetzacoatl,
aquel rey, hombre celeste,
dios del aire y de los vientos;
que, tan bueno cual potente,
habia bajado á Anahuac
como señor de las gentes,
en donde habia reinado,
y en donde á sus pueblos fieles
habia hecho felices
con justas y sábias leyes.
Y les dijo cómo un dia
se marchó para el Oriente,

mas prometiendo á los pueblos
que, aunque se iba para siempre,
alguna vez mandaria
á sus claros descendientes,
que del Oriente vendrian
para que fuesen sus reyes.
Que los que ahora reinaban
en Anahuac, solamente
vicarios de Quetzacoatl
eran, mas á su voz fieles,
tan luego como llegaron
de aquel dios los descendientes,
les cederian el trono
que era suyo para siempre.

Y tambien de Vagomana
les habló, cuya alma fuerte
amaba tanto su amigo,
que cuando les dioses crueles
en ave lo convirtieron,
él, á su poder celeste
desafió por buscarlo,
aun arrostrando la muerte.

Hubo apenas concluido
cuando una madre, que ausente
desde la víspera estaba,
le recordó la solemne
promesa que habia hecho

de contar por qué accidente
se pobló de los Purechas
el reino hoy tan floreciente.
La oyó el taré, sonrióse,
y comenzó de esta suerte:

El bello país de Aztlán
es por los dioses amado
y amado Theuculhuacan.
El metl y el maiz dorado
se producen sin afán.

Nuestros abuelos vivieron
allí sin pena ninguna,
todo el tiempo que estuvieron,
pues estos países fueron
de los Nahuatlacas cuna.

Cual numerosos hermanos
que por padre á dios contaban,
en paz la vida pasaban,
recibiendo de sus manos
el bien que necesitaban.

Allí no se conocia
la discordia, y todos eran
felices en su alegría,
pues la tierra producía
para que todos vivieran.

Caza habia en las pendientes
de los cerrós desiguales,

pescados en las corrientes,
agua límpida en las fuentes,
y frutas en los frutales.

¿De qué tendrían anhelo?
Las tenaces aflicciones
aun no bajaban al suelo.
Sol y lluvia daba el cielo,
cariño los corazones.

El mas anciano prudente
enseñaba solamente
dos preceptos, solo dos,
que eran honrar siempre á Dios
y quererse mutuamente.

Como desde que nacían
jugaban todos iguales
y todos juntos crecían,
unos de otros dividían
los placeres y los males.

De esta manera pasaron
mil y mil generaciones;
y aunque mucho se aumentaron
tan solo que eran notaron
para amar mas corazones.

Pero al fin tanto crecieron,
que los ancianos un día
que hicieran tribus quisieron;